

RESPUESTA

DEL

TENIENTE GENERAL BRAYER,

AL

GENERAL S. MARTIN.



IMPRENTA FEDERAL.

FOR WILLIAM P. GRISWOLD Y JOHN SHARPE.

1819.

RESPUESTA

DEL

TENIENTE GENERAL BRAYER,

A:

GENERAL S. MARTIN.



IMPRESA FEDERAL.

FOR WILLIAM P. GRISWOLD & JOHN CHARTER

1812.

RESPUESTA

DEL

TENIENTE GENERAL BRAYER

AL GENERAL SAN MARTIN.



*Les hommes ignorants et vicieux affichent
le parjure et la fausseté, avec une impu-
dence inconnue aux hommes civilisés.*

HUME l. v. DE L'HIST. D'ANGLAT.

EL General San Martin para responder al manifesto manuscrito que dirigí al gobierno de Buenos-Ayres, antes de mi salida de aquella ciudad, el qual tenia por objeto rebatir odiosas calumnias difundidas contra mí, ha publicado algunas ojas llenas de injurias que dexan el alma del lector hourado é imparcial dividida entre la indignacion y el menosprecio.

Es digno de observarse el efecto de las pasiones sobre el carácter y las costumbres de un hombre enteramente falto de educacion, de prudencia, de instruccion y sabiduria, que conducido por el encono que tiene á la ilustracion parece temer que se le trate con dignidad; que ataca insolentemente en los mariscales de Francia todo lo que la fama presenta de respetable, y el arte de la guerra de glorioso en genios afortunados.

Porque ; Que pueden tener de comun aquellos mariscales con el furor de este general? con ese hombre tan sediento de dominar, que desprecia á todo el mundo, y provoca á aquellos que por su exemplo acaso podrian impedirle que no recogiese de su presuncion otra cosa que desgracias y vergüenza?

Colocado en la triste obligacion de responder al Señor San Martin, cuyos excesos deponen ya contra él mismo, y de hacerlo conocer de personas que no quisieran salir, sin duda, del concepto errado en que están con respecto á él, voy á ponerlo de manifesto tal qual es.

Expondré, para que él los conozca, lo que son los principios del verdadero espíritu y el vehículo de la gloria. Probaré que si á falta de talentos tuviese sabiduría, á falta de genio dulzura, modestia, y urbanidad habria hallado recursos que hubiesen podido hacerle adquirir un rango entre los hombres que sirven á su país con desinterés y un celo digno de elogio.

Hubiera conocido este hombre que por su interés y el de su patria, lejos de llenar de ultrajes y disgustos á los antiguos amantes de la libertad europea, era preciso, por el contrario, reunirlos á la causa que lo llamó á las armas; aprovecharse de su experiencia, y utilizar sus talentos acia la entera independencia de su país, que debiera ser su unico fin.

Así es como en los Estados-Unidos se elevaron gefes ilustres, á quienes se confió la defensa y los intereses políticos de una nación colocada en el mas alto grado de prosperidad. Ella es en el día la esperanza y el modelo de la especie humana.

Lejos de eso San Martín parece que siente no haberme hecho sufrir la suerte de *Xantifo*, que los Cartagineses hicieron perecer por haber verido en su socorro y haberles hecho servicios señalados, para ahorrarse el cuidado de manifestarle su reconocimiento.

El mismo lo ha publicado: lease en su libelo el desagradable parrafo que ha consagrado á este objeto, en el que despreciando la opinión de sus contemporáneos y de la posteridad, ha dado á una declaración semejante todos los caracteres de la atrocidad.

¿Crees tú San Martín que en toda Europa y en la América del Norte donde las luces se hallan tan generalizadas; adonde tantos hombres celebres han consagrado á la gloria y á la libertad de las naciones su valor, su elocuencia, y su genio; y adonde todavia diariamente hacen votos por la independencia de tu país, y publican que no debe ser ya abandonado á la desgracia, á la opresion y á los caprichos de una nación feroz é ignorante; ¿Crees tú digo que despues de haberme hecho perecer, hubieran dexado de hacerse las reflexiones siguientes?

¿Qual es ese país en donde los hombres todavia acardenalados con los fierros de la esclavitud degüellan á una víctima escapada de la rabia del despotismo? En donde un individuo, un general que dice que pelea para impedir el regreso de la tiranía, decide, delibera, y de su propia autoridad quita la vida á uno de los mas generosos defensores de la libertad? Que; el hombre que debe ser protegido por las leyes no es juzgado allí siquiera? Se le trata como criminal por un funcionario encargado de hacer respetar las leyes? Que país es ese gran Dios, donde la existencia de los hombres está abandonada á la merced de un individuo que tiene el poder? Se hace acaso trafico de la

sangre humana? Es tal vez un lazo tendido á la buena fé, á todo lo que una alma grande tiene de ingenuo y la generosidad de pudor? Y en ese país á donde nuestros amigos fueron en cierto modo llamados, y al que corrieron valerosamente, no han encontrado sino hordes de bárbaros que los colmaron de caricias para degollarlos con mas seguridad?

Pues que, San Martín: porque tú eras dueño de mi vida, te atreves á decir que estuvistes á punto de asesinarme? Tienes la desvergüenza de confesarlo, lo imprimes y lo consagras en los anales de tu país? Los tiranos mas insolentes han tenido el pudor de suponer crímenes á aquellos que han inmolidado; y tu ferocidad exáltada hasta el delirio, ni aun tiene cuidado de disimularlo! Pues sabe que habiendome hallado en mas de treinta grandes batallas y en mas de doscientos combates notables, mi cuerpo está de tal modo mutilado de graves heridas y surcado por el fierro del enemigo, que tus balas homicidas dirigidas por el crimen, no hubieran podido hallar lugar sino entre las impresiones del honor.

Sí San Martín: en mas de treinta batallas, donde el arte de conducir á los hombres, las combinaciones, la fuerza del genio, el valor y el espíritu mas brillante se ponian en continuo movimiento de una y otra parte, y *no en esas simples acciones que tan pomposa é impropriamente llamas tú batallas: en esos choques en que el acaso decide del éxito, y en que tú jamas concibes plan, disposiciones, miras ni proyectos susceptibles de combinaciones complicadas.*

Mas, ¿qué inferencias no se hubiesen sacado de un asesinato tan odioso? El hubiese ofrecido tantas ideas de crueldad que miles de voces acusadoras resonarian en todos los corazones, y presentandote ánte el tribunal de la opinion pública hubiesen clamado por una venganza estrepitosa. Sí: un dia llegaria que la hubiesen pedido con tal instancia y por consideraciones de estado tan poderosas, que los depositarios del honor nacional en las Provincias-Unidas, esos magistrados augustos, incapaces de asociarse á tus delitos, hubiesen hecho hablar contra tí la voz de la justicia y de las leyes.

No pienses no, San Martín, que hubieses podido evadirte de sus rigores. Las violencias sanguinarias que has cometido, y la detestable arbitrariedad con que has arrancado del seno de su patria y de sus familias. á hombres que han perecido en destierros, cargados de cadenas y arrojados en calabozos, sin otro crimen acaso que el de ser ricos, temidos, odiados ó de importancia, excitan vivamente la indignacion de los Pueblos, y á pesar de las riquezas de que tus manos se han llenado, hubieras sido perseguido por todas partes como un asesino y un tirano.

Tampoco te persuadas que no obstante no haber consumado

ni asesinato quedas absuelto de la intencion que tenias de perpetrarlo. La confesion temeraria que haces de haber querido cometerlo, confirma las crueldades que se te atribuyen y muestra igualmente el desprecio con que miras las convenciones naturales y sociales, todas las leyes divinas y humanas, y el poco r  speto que guardas al Gobierno que te ha creado, y cuyo honor acabas de comprometer. Tambien se advierte que si aconteciese que t   poseyeras sobre este pais (como lo crees en el extravío de tu espíritu) una autoridad mayor que la que ejerces, ésta parte de la América no seria entónces sino una vasta carnicería donde t   eligieses tus victimas. Así Neron manchado de crímenes confes   que nadie como él había conocido la extension de su poder. Pero desviemos nuestros ojos de un espectáculo tan funesto y que llenaria todas las almas sencibles de tristeza y de horror, si llegase    suceder que    un hombre como San Martín se le confiase el poder supremo.

Examinemos ahora las otras partes de su libelo, al que el público ha hecho ya justicia por el desprecio con que la ha recibido; libelo en el que ha apurado todo los recursos de su genio para no producir sino groseras injurias y descubrir una alma atroz; y en que algunas veces en sus calificaciones esforzandose para poderse asegurar del arma de lo ridiculo, quiciere unir la irrisión al furor; pero esta arma que requiere ser manejada con destreza, lo es tan torpemente en sus manos que al momento se hiere con olla misma.

En las aserciones (   las cuales jamas acompaña pruebas) se parece á esos impostores groseros que viendose combatidos por la mas sana logica esfuerzan tanto quanto pueden sus pulmones para proferir algunos epítetos llenos de injurias. Por ejemplo: cita que *Federico el grande decia que un año que ha hecho veinte años de campaña no es por esto mejor tactico que el que no ha hecho ninguno*: pero observese que si fuese posible que Federico se nos apareciera, y que sobre todo conociese las horricadas del citador, que no es ni tactico, ni estratagetico, y que además por un acaso singular se llama Martín † que es lo que diría?

En otros p  sages afecta por una calma engañosa no hacer caso de lo que le importuna    no puede contextar, es decir, de todo aquello que tiene relacion con el reproche que se le hace de no haber sabido executar, ni haber sabido marchar inmediatamente despues de la batalla de Mayp  , que añadió laureles    la fortuna de sus tropas, sin que    él le tocara alguno: aqui apelo yo para esta verdad al gran Federico de quien en la continuacion de este papel tendremos ocasion de hablar algunas veces:   l le

diria que despues de una accion dichosa y decisiva, á no ser el asno que el ha señalado, se marcha sin perder momento, que se hace preceder de fuertes proclamas que expresen el idioma de la buena fé y del honor: que se procura comunicar á los países no conquistados los principios regeneradores de su gobierno, y que el general no viene estupidamente de mas de 400 leguas á la capital con solo el fin de hacerse incensar en ella, y embriagarse de fiestas é ilusiones, mientras que el enemigo vuelto de su estupor y aturdimiento se reúne, se organiza y se prepara á combatir de nuevo: que preferir de este modo satisfacer su vanidad con perjuicio del interes nacional, es mostrarse enteramente inepto y el asno del gran Federico. Pero tal es la erudicion de San Martin que ella misma lo ha conducido á los filos de la espada que lo ataca: él ha pronunciado su sentencia y él mismo fin bebe la mayor parte de su veneno, porque todo el mundo militar conocerá lo embarazado que este hombre se hallaria si por orden de un nuevo Gran Federico tuviese que justificarse en su tribunal independientemente de sus farfantonerías y de sus jactancias; y si ademas de esto, se agregase á la manifestacion de sus excesos é inmoralidad su propia declaracion de haber querido asesinarle; cree él que seria difícil formar su acusacion! Que lea sobre este particular el espiritu de las leyes de Montesquieu, que lea el código de todos los países que se honran de ser dignamente gobernados; que los lea y que tiemble. Creemos San Martin si tienes tiempo todavia, trata de salir del pequeño rincon donde la vanidad, la ignorancia, y un vil interes te encierran: no te desdénas de adquirir algunos conocimientos, ni desprecies y paralises sobre todo el bien que otros puedan hacer: busca en las obras mismas del Gran Federico el anti-Maquiavelo: vé como ese Principe refuta al Florentino en lo mismo que tú practicas sin discernimiento. Lee á Ciceron, y vé como envilece á *Verres* por haber despojado á la Sicilia, como le hace odioso á sus contemporaneos y á la posteridad por haber hecho morir á Caton. Que digo? por haberle hecho asesinar! Vé en fin quales son las sentencias que han caido sobre este grande hombre, y teme que un nuevo Ciceron se levante contra ti algun dia. Lee á J. J. Rousseau, Voltaire, Mably, Fenelon, Helvetius, Hume, Reynal, Franklin, la vida del Gran Washington &c: aprende en fin á conocer lo que son los hombres, lo que se les debe; lo que son los gobiernos y las leyes.

Vuelvo, pues, á tu escrito y señalo como una truhanería indecente el párrafo en que fingiendo ser modesto dices que no te consideras capaz ni aun de mandar un regimiento de caballeria. Yo lo creo y el Gran Federico se convenceria de ello al momento. Tambien me persuado que para encargarte de un empleo mas importante te enviaria á estudiar á *Splenda*,

y esto seria porque habria notado que en esta ocasion tu modestia se parece á la de Diogenes, cuya vanidad se traslucia por los ahugeros de su capa. En efecto, todo el mundo convendrá en que si tu modestia fuese real, y te creyeses incapaz de mandar un regimiento de caballeria, tendrías la honradez de hacer dimision de un cargo que conocerias tú mismo no poder ocupar, sin comprometer diariamente los grandes intereses de tu pais. Tu te depondrias francamente sin representar la farsa que ultimamente has jugado y de la qual solo han sido objeto de burla los necios y viles aduladores á quienes tú mismo habias distribuido algunos papeles en la intriga principal. Si queriendo imitar á Carlos V. que dos años antes de su fallecimiento mandó hacer sus funerales para saber que se diria de él quando no existiese, has tentado la misma prueba, habras conocido que al público le es quando menos indiferente tu muerte.

¿Como quieres tú que se fie nadie en la modestia de un hombre que tiene el descaro de publicar que entre las tropas que manda no serian admitidos los Mariscales de Francia en el grado de capitán? De un hombre que sin embargo de cubrirse baxo el velo de la hipocresia declara él mismo su incapacidad, y conserva al mismo tiempo un mando que confiesa ser muy superior á sus fuerzas? Y el qual parece decir *Yo mando porque á pesar de que no tengo los talentos de un coronel, estoy convencido de que soy el mas instruido de mis compatriotas y que ninguno en mi nacion puede remfilazarme*. Entretanto en el exercito y en Buenos-Ayres conocemos oficiales superiores de un mérito verdadero, fundado en talentos reales, á los que para desplegarlos, sostener dignamente el sistema politico de su gobierno, estender su poder, y colocar el pais en el rango que debe ocupar entre las naciones, no les falta mas que una ocasion. Así pues queda probada tu hipocresia, y que á riesgo de todo compromiso y de pasar por un bellato conservas ese mando porque te proporciona riquezas cuya sed te devora: que esas mismas riquezas son el alimento de tu orgullo; y que satisfacen y nutren tu ambicion desenfrenada. Que estás persuadido que no siempre se necesita talento y espíritu para establecer la tiranía, y que al contrario no es preciso mas que ser vicioso con una audacia comun.

Pero; no te engañes: yo conosco tus compatriotas; sé que todos aman y apetecen una libertad sabia; y el dia en que tú les muestres la espada del poder en las manos de la ferocidad, será el mismo en que tu autoridad caerá derrivada sobre tu sepulcro.

Pasemos ahora á observar las viles imputaciones dirigidas contra mí en el libelo de San Martin; exáminemos sus declamaciones chabacanas, sus odiosas imposturas por medio de las quales ha querido picarme en lo mas vivo. Tomemoslo con

clama; pero matemós el insecto sobre la picadura.

Dices en primer lugar que yo soy un cobarde: que diferentes veces he huido delante del enemigo, y que solicité que un cirujano me diese certificado de hallarme enfermo, por no pelear. Para hacer creer este abominable testimonio citas é invocas algunos oficiales á quienes crees sin duda de poco discernimiento, ó supones fáciles de seducir ó corromper; de los quales uno es tu cuñado; los demas son tus parientes y tus edecanes; por consiguiente recusables todos, excepto el ante dicho cirujano quien no podria producir mas que una carta falsa cuya veracidad nadie tendria interes de averiguar. Pues bien; sabe que aun quando tú alucinas, sedujeses, ó corrompieses á mil otros, nadie te daria el menor crédito, ni aun aquellos con quienes atestigüases la imputacion, cierto de que ellos mismos la desvanecerian confesando que tú les habias obligado á cometer una iniquidad y un sacrilegio: y que la vergüenza de que hubieras querido cubrirlos, caeria solamente sobre tu cabeza culpable. Sabe pues que hay reputaciones contra las quales se han quebrantado siempre la calumnia y el perjurio: vé la siguiente prueba, escucha y aprovechate de ella.

Un dia el general Marco Scauro, hombre de bien sin ambicion, sin vanidad, sin interes, capaz de obrar prodigios por la influencia de sus virtudes, se halló acusado de algunos hechos de falsedad por el general Quinto Vario envaneido por algunos sucesos que debia á la suerte; hombre por otra parte sin talentos, falso, *intemperante*, avaro y celoso. Marco Scauro comparciendo ante el Senado reunido respondió á la acusacion en estos términos: *Quinto Vario acusa á Marco Scauro: Marco Scauro niega el hecho. Romanos! ¿Qual de las dos partes es digna de credito?*

A la verdad San Martin; yo siento que deba responderte de este modo; pero Marco Scauro era Romano y yo soy un extranjeró. Además de esto, el congreso de Buenos-Ayres que por ahora cierra los ojos sobre tus excesos, no me hará citar para responderte, y en este caso me importa hacer notar la baxeza de los medios que empleas, y tu crasa ignorancia mezclada de una perfidia mal disfrazada; yo te haré conocer, pues que tú lo ignoras, que baxo ningun respectó puede pertenecer á un cirujano dar certificados ni á un simple oficial; que ni está en el uso ni en las costumbres de ningun pueblo que tiene instituciones militares.

En un exercito realmente organizado un general se considera en tal elevacion; se le supone tan grande en sus acciones y en sus atributos, que él es el que certifica en caso necesario y no hay otro individuo alguno que pueda hacerlo por él.

De otro modo esto seria pedir un oficial muy superior por su rango un certificado de buena conducta á uno de sus subalter-

nos que se halla á una distancia enorme dél. Quando un general no tiene empleo, como por exemplo me hallaba yo en Chile, y como tú mismo por mas descomedido que seas en tus calumnias, convienes en ello, y que este general no se halle en tal ò tal accion no debe dar cuenta del motivo qualquiera que sea, de no haber tomado parte en ella personalmente. Pero quando por el contrario se halla con mando, entónces tiene deberes que llenar, y estos deberes son sagrados. En este caso es responsable y debe dar cuenta de sus acciones al general en jefe; el que si tiene proporcion y lugar instruye á su gobierno, á quien corresponde unicamente tomar parte contra él. Pero fuera de las circunstancias expresadas no está obligado á tomar parte en la execucion de disposiciones que no tiene derecho de conocer ni poder dirigir. Esta verdad es tan conocida y está tan bien establecida que me repugna estenderme mas á cerca de ella.

Verdaderamente hay circunstancias en un ejército en que un general que se halla sin empleo montará á caballo y será útil combatiendo personalmente en caso necesario; esto se ha visto frecuentemente, se verá aun, y yo mismo lo hice. Mas quando tal acontece es porque el general en jefe, cuyo carácter y talentos le hacen apreciable, conociendo que un dia de batalla el hombre mas bien organizado tiene necesidad de todo el mundo, ha sabido empeñar y comprometer por su espíritu, por su bondad y por todas aquellas qualidades que agradan y seducen moviendo á participar de sus trabaxos y peligros.

Asi pues lo que debe fixar la atencion del público, á quien apelo sobre este desenfreno de furor y estupidez, está reducido á estas simples quèstiones. ¿Tenia yo un mando baxo tus órdenes, ó no lo tenia? ¿He abandonado mis tropas y comprometido alguna parte del servicio activo que me estaba confiado?::: A esto está reducido todo. Habla, responde, huye si puedes de este dilema.

¿Qué! Despues de haberte pedido un mando que me rehustastes, despues de haberme hecho experimentar todo lo que una altivez insolente y una vanidad loca tienen de mas ofensivo, ¿tienes la audacia de pensar que yo debia combatir en las filas como soldado? Pero ¿adonde te arrastran aun tu demencia y el delirio de tu orgullo? No: Yo sabia todo quanto yo me debia y lo que te debia: tus malos procederes me habian hecho sentir frecuentemente haber abandonado los Estados Unidos, y me proporcionaron la ocasion de salir del envilecimiento á que yo me habia reducido queriendo servir baxo tus órdenes; el'a se presentaba, y á pesar de que exemplos recientes de una tirania sanguinaria me recordasen de lo que tú eras capaz, tuve sin embargo el corage de despreciarte: peligro mas grande entónces mia veces que el de hallarse en una batalla. Yo te desprecié

con una mirada, es verdad: este solo language del desprecio y la indignacion es el que pude tener con tigo; es un hecho.

Veamos todavia quanta clase de baxos celos pueden extraviar á un hombre á quien ningun freno contiene; que de confia por tanto de sí mismo, y que teme que sus vicios sean vistos de muy cerca.

En la representacion que yo he dirigido al gobierno de Buenos-Ayres y en la qual hablé al principio de San Martin, hice notar el mérito de diversos oficiales que tuve ocasion de conocer. Entre otros el señor general Balcarce y el señor coronel Heras. Y San Martin (¿quien lo creería!), conviniendo ironicamente en su capacidad, se dirige á mí con algunas impertinencias por haber hablado ventajosamente de ellos: se le ve irritarse por haber hecho un elogio merecido: teme que yo haya revelado su superioridad sobre él y que haya despertado esta noble emulacion que bien pronto lo reducirá á un estado de nulidad. El se parece á un celoso enfurecido que queriendo violentarse se descubre por sus tormentos, y al qual por la contraccion de nervios que se hace visible en su semblante, se le pregunta lo que tiene y responde cruxiendo los dientes—Yo?: yo estoy tranquilo.

Yo no creo que el S. General Balcarce, ni el coronel Heras hayan encargado al S. San Martin de responderme, y mucho menos de este modo. Ellos no son ni arrogantes, ni tontos, ni orgullosos; por el contrario, tienen espíritu y dignidad: todos quantos les conocen piensan como yo sobre este particular, y dicen que si su modestia les hubiese precisado á respondorme lo hubieran hecho sin intermediario y en terminos politicos, y no en un language grosero indigno de oficiales de su rango y de su merito.

Coloquemos igualmente entre las indecencias del Héroe el hecho siguiente. Dice en su escrito que yo he atacado la reputacion de S. E. el Director Supremo de Chile. El saca su asercion de lo que yo hice y de que he hablado anteriormente. Yo declaro que esta asercion es falsa: que nada hay semejante á esta imputacion: que jamas me ha venido á la idea decir nada que haya podido dar lugar á ella; que yo no la tuve sino de alabar á S. E. que me ha colmado de favores.

¿Qué interes puede tener en presentarme como un ingrato? Quien fuera capaz de tal perfidia? Soamente aquel cuya teoria es conducirse sin talento con la falsedad, la hipocresia y la violencia. Quien no quiere ser solo el aliado de los Chilenos sino su dominador. Quien sin algunas luces, mostrando por todas partes sus pasiones dominantes, desvia de sí, destierra, aprisiona y asesina á todo aquel que le incomoda. Si esto no es verdad, que niegue lo que ha acontecido en Mendoza, en San Luis y en

Chile. En quanto á mí, pues que he escapado á su despotismo y aun continúa persiguiéndome, debiera á lo menos emplear la impostura con mas circunspeccion; es decir, disponerla de modo que no pasase los Andes, porque viniendo á Buenos-Ayres y llegando á Montevideo, no solamente se hace pasar por un embustero poco diestro sino por un charlatan desvergonzado.

Naciones todas! exclama con la mas descarada impudencia, *que manifeste este impostor la correspondencia que cita. Si la tiene caiga sobre mí toda la execración de los hombres.* Así se expresa el malvado quando trata de sorprehender el juicio de los Pueblos con el aparato y la impostura. Ved aquí la correspondencia que cito, hombre sin pudor, sin honra ni delicadeza; leed y avergüenzate siquiera una vez ‡, mientras yo protexto baxo mi palabra de honor como general y caballero, presentar los originales á todos los que gusten tener una prueba mas de los sentimientos y del carácter del general San Martín.

Continuemos demostrando por hechos de lo que es capaz un hombre poseido del delirio de los zelos, y de los que todo el mundo se burlaria si todas las atrocidades que ha producido no lo arrastrasen á lo ridiculo; porque despues de haber presentado á San Martín como un impostor, nada seria tacharlo de ser envidioso con baxeza, sino se probase que lo es y del modo que lo es.

El Sr. Cramaire gefe de Batallon, discipulo de la Academia politecnica, que ha hecho diferentes campañas en Europa, donde fue decorado con la legion de honor por haberse distinguido entre los brabos; este oficial dotado de una energía moral

‡ Durante una carrera de treinta años de servicio, el honor ha sido siempre mi guia. Conducido por mi patriotismo á la América del Sud, creo haber merecido la estimacion del exercito. Baxo este supuesto, me dirijo á V. E. con toda confianza, suplicandole me conceda algun mando en las tropas que se reunen para rechazar al enemigo.

Mi salud destruida por heridas graves me dexa solo una existencia dolorosa, cuyos restos ofresco en obsequio de la independencia del país que me ha acogido en mi desgracia. Me atrevo á esperar esta gracia de la generosidad y justicia de V. E. — Santiago de Chile Marzo 27 de 1818 — Miguel Brayer.

CONTEXTACION. — La salud de V. S. es muy interesante, y por lo mismo deberá reputarla por medio de una curacion formal: logrado este objeto se proporcionará el destino que V. S. solicita en este exercito á beneficio del país. — Dios guarde á V. S. muchos años. Quartel general en el llano de Maypú marzo 29 de 1818. — José de San Martín. — S. General D. Miguel Brayer.

que concibe y executa lleno de talento, abandonó la Francia y vino á Buenos-Ayres donde fue empleado. Se le encargó la organizacion de un regimiento que formó, instruyó y dirigió; dicho cuerpo baxo sus órdenes pronto fué un modelo del buen orden y disciplina. En los combates hizo servicios que fueron generalmente admirados. El de Chacabuco sobre todo fué para él un verdadero triunfo. A la cabeza de su regimiento decidió la accion que parecia debia ser perdida, y que en efecto iba á serlo sin su experiencia, su tenacidad y su valor unido al de otros bravos.

El que debiera haberlo visto todo por sus ojos, animar sus tropas, dirigir sus movimientos, ya que se ha creído capaz de ello, y que quiere fundar su fama sobre los sucesos de aquella jornada, ni aun se hizo ver de sus soldados. Y como cada ejército tiene su cronica, la del que manda San Martin recuerda, que luego que Cramaire le avisó que habia forzado al enemigo en su posicion, y que por consecuencia eran vencedores, se encontró al Héroe á una distancia enorme á retaguardia †, y en un estado que prueba, que si es verdad que ha leído al Gran Federico, se hubiese aprovechado en esta circunstancia á lo menos del capítulo de la *templanza*. Esta cronica podria ser falsa, tan grande es la malignidad! pero entretanto muchas personas lo aseguran, y jamas se ha dicho semejante cosa del Gran Federico, de Napoleon, de Turenna, de Eugenio &c. que San Martin cita rápidamente y sin consecuencia. Pero lo que es sabido de todo el mundo y que nadie puede negar, es la horrible conducta de San Martin respecto al S. Cramaire, por haber recibido despues del combate de Chacabuco los elogios de casi todos los oficiales del ejército; una gran parte de los cuales le recibieron en sus brazos para acreditarle su estimacion.

Esta circunstancia hizo concebir á San Martin tal despecho que no pudo ocultarlo; y desde aquel momento el interesante Cramaire fué objeto de un aborrecimiento implacable para aquel gefe innoble. Quantas vejaciones y persecuciones puedo emplear el alma mas baxa que se halla con un poder absoluto, cayeron sobre este bravo oficial que le habia abierto el campo de la gloria, si él hubiese sabido gozar de los favores de la fortuna. Sucesivamente se le retiró del mando del regimiento que habia formado, y á cuya frente habia vencido.

Para disfrasar el escandalo de esta injusticia no se tuvo siquiera el cuidado de atribuirle faltas imaginarias, y solo despues de haber sido tratado con tanta dureza como ingratitud, fué que

† *Lease sobre este particular la exposicion del S. General D. Miguel Soler, el que asegura haber hallado á San Martin á media legua á retaguardia del campo de batalla.*

Cramaire manifestó algun disgusto, y algunas quejas que la opresion arrancó á su indignacion. Entonces fué forzado á dexar el ejército y el país que sirvió con tanta generosidad y defendió con tanto valor, donde ha dexado recuerdos tan apreciables y del que es generalmente sentido: estos hechos no pueden negarse sin agravio de la verdad.

Y tú San Martin sabe que á pesar tuyo esta historia misma consagrará la gloria de ese bravo oficial, del mismo modo que perpetuará todo aquello que debe hacerte aborrecible á la posteridad.

Acaso no debiera ocuparme mas de ese hombre llamado *Paroissien* nacido en Inglaterra, que ya hice conocer como un vampiro detestable, que se encarniza en devorar la substancia del soldado. Ese hombre el mas despreciable de todos los intrigantes, el encargado de todos los negocios secretos de San Martin, su mas querido confidente y el ser mas vil que puede hallarse en el mundo, para agradar á su protector y amigo se encargó de calumniarme en su correspondencia. En consecuencia mientras se me detuvo en Mendoza escribia contra mi reputacion cartas abominables que hallaron credito entre los ignorantes, circulando de casa en casa: mientras esto San Martin se hallaba en Buenos-Ayres haciendo acreditar por otros sus infamias, y aun él mismo tuvo la indignidad de acreditarlas. He respondido á ese miserable vampiro; pero no como debia haberlo hecho, por que me acuerdo ahora que Ciceron coloca á los calumniadores al lado de los asesinos y los envenenadores. Y ¿quien lo creeria? San Martin ha tenido la desvergüenza de patrocinar á un hombre semejante y hacer su elogio. Que se juzgue de todos estos hechos conocidos en la capital de Buenos-Ayres, y que se vea luego al Héroe haciendome atacar despues de eso en un periodico (el Abogado Nacional), escrito por un hombre afrentado, que el gobierno de Buenos-Ayres ha tenido en destierro largo tiempo por hechos demasiado conocidos: por un hombre que bastaria nombrarlo para horrorizar. Tales son los nobles campeones que San Martin emplea para calumniarme.

Y que pensaremos acerca de lo que el Señor Editor del papel de San Martin cuenta del cuñado de ese general, que dice que habia solicitado mi arresto aun antes de haberse hecho ningun cargo contra mí? Observese como se demuestra en este hecho la aristocracia de una familia que pone en evidencia el uso arbitrario que se cree con derecho de ejercer por su credito. De una familia por otra parte respetable que extraviada en estas circunstancias, desconociendo las leyes ó ignorandolas, ha creido algun instante sobreponerse á las reglas de la justicia. Hagamos honor y reconocamos á los magistrados que no han permitido que se les anulase ó se les pervirtiese.

Observemos tambien á San Martin exclamar altamente : *Pero el Señor Brayer viniendo á nuestro Pais creyó desembarcar entre los Hotentotes.* Advirtamos que se trata de Hotentotes, y que si se le preguntase en qué region se hallan iria á buscarlos entre los Patagones. Pero en fin, ha oido hablar de los Hotentotes, y él habla de ellos como los ciegos de los colores, sin informarse si en la Cafreria no habria alguno que valiese mas que el asno del Gran Federico. Acerca de esto podria consultar al Padre *Tachard*, *Tavernier*, y *Kolbe* en su descripcion del Cabo de Buena Esperanza.

No San Martin: yo sabia quando fui á Buenos-Ayres que iba á un pueblo vivo, espirituoso, y bravo, que yo veria en él como en todas partes hombres felices y desgraciados: que en ese pais como en todos los otros los hombres nacen con disposiciones excelentes, que la educacion y el trabaxo podrian conducirlos algun dia á los mas vastos conocimientos, pero que habiendo permanecido siglos enteros baxo el gobierno de Madrid, que burlandose de la credulidad del pueblo lo habia tenido entre cadenas y tinieblas, debia necesariamente ignorar muchas cosas; que por consiguiente yo podria acaso serle util y ayudar á restablecer en alguna parte la gloria de la especie humana.

El arte de la guerra, por exemplo, que despues de treinta años en Europa se ha enriquecido con tantos descubrimientos, y que ha ocupado una gran parte de mi vida, me ofrecia en un estado nuevo de la América la ventaja de dar ideas generales, de empeñar sucesivamente á profundizar en él lo que ni aun ha sido aperecible; de establecer instituciones calculadas sobre los caracteres, las localidades, las costumbres y los recursos. De poner en relacion la educacion guerrera con las leyes que inspiran el valor; con el estudio y el trabaxo que hacen nacer la habilidad y la ciencia; finalmente con todo lo que forma soldados, oficiales, administradores, hombres de estado, y generales ciudadanos que á un mismo tiempo son el honor, el apoyo y la gloria de los buenos gobiernos.... Gobiernos, sobre todo, en que la sabiduria y el genio de hombres superiores elevasen pronto su pais al nivel de las naciones mas respetables. Vé ahí lo que yo pensaba y pienso aun de buena fé, pero tú San Martin, que no tienes idea de ninguna de estas cosas; que tu genio no ha podido estenderse siquiera á comprehenderlas, quando te hablabas de ellas, poco te importaba que las tropas estuviesen ó no igualmente constituidas, que fuesen ignorantes ó instruidas, valientes un dia, desmayadas, insensibles á los sucesos y á los reveses el otro... Que te importa tampoco arruinar la mayor parte del pais para oprimir la otra! Vé ahí otra vez lo que yo pensaba y lo que pienso; pero tú nombrando á los Hotentotes, no has querido hacer alusion á los Pueblos de Sud-América

sino á tí mismo! pues que has ténido la sandez de estampar en tu escrito que los *Mariscales de Francia* ni aun serían buenos para capitanes de la América del Sud: dices modestamente que nada hay que pueda igualarte, y que eres muy superior á todos los heroes de la antigüedad. Yo estoy convencido de que si tú los conocieses, y aun si te instruyesen de lo que ellos eran y lo que han hecho de grande; si Milciades, Epáminondas, Annibal, los Scipiones, Paulo Emilio &c. resucitasen y viniesen á Sud-América, los harías quando mucho ayudantes mayores. Te has elevado á tal altura que solo Jupiter puede rivalisarte: así es como se puede atraer el desprecio general de los hombres y hacerse el objeto de la risa del mundo.

Si la educacion hizo de Julio Cesar el mas grande capitan que ha existido: de Licurgo y Solon grandes legisladores: de Tacito el espanto de los hombres perversos y de los tiranos ¿á que nivel debes ser abatido?

Concluida esta relacion en la que he tratado de suavisar algunos parrafos sin poderlo conseguir, puesto que las verdades que yo explico con calor, no dicen aun todo lo que yo quisiera, exáminaré si desde que estás en un cargo que llama la atencion pública tenias realmente derecho á ser con tanta ridiculez presuntuoso y vano.

Verificada la revolucion de Estados Unidos que habia sido anunciada para dar la vuelta al globo, pasó á Francia. Allí los hombres que la sostuvieron pelearon durante mas de veinte años contra todas las potencias de la tierra y todos los genios guerreros del siglo. Durante este largo y sangriento período oponiendo el valor á una sábia tactica, esos hombres que tuvieron que luchar contra el hambre, los frios mas rigurosos y todas las miserias humanas, se batieron cada dia y por meses enteros, con tal encarnizamiento que por mejor decir, peleaban continuamente sobre escombros y cadaveres. Concluidos estos combates de gigantes, los menores encuentros empenaban á nuevas batallas que ofrecian escenas espantosas de sangre y carnicería. En fin la tactica fué apercibida, se estudió, se conoció y se empleó sobrepasando aun á aquellos que la practicaban tan anteriormente. Pero antes de llegar á conocerla, quanta sangre corrió que podia evitarse!

Despues de una pelea tan larga como sangrienta los hombres mutilados que con la punta de su espada se elevaron de la clase de soldados á la de generales y que sobrevivieron, necesariamente debieron adquirir alguna experiencia quando menos. Yo fui uno de esos hombres, y vuelta á la América la revolucion, aunque distante de su cuna, habiendome conducido á estos países por una porcion de desgracias que ya he explicado, llegué á ella con los titulos que acabo de presentar. Y es posible que

un hombre porque ha tenido algunas pequeñas acciones que en nuestras terribles guerras hubieramos llamado escaramusas, se imagine poder insultar á la gloria! Un hombre que actualmente despues de dos años sólo cuenta dos combates, ó mas bien dos choques afortunados, que ni aun tiene el merito de haberlos dirigido, cree deber declamar contra los antiguos hijos de la victoria! Injuriarlos diciendo absurdos que los tontos y los ignorantes repiten, y perseguir á todos aquellos que están á su alcance! Esto me recuerda haber leído, no en las obras del Gran Federico porque no siempre se puede estar á caballo sobre su asno, pero si en Helvetius; "que en otro tiempo hubo en Armenia un gefe de tribu que aborreçia y perseguia mucho á los cristianos, y resultó que hallandose un dia en consejo para deliberar sobre el mejor medio de arrojar á todos los fieles, se vió de repente transformado en un animal inmundó, y que un cristiano llamado Gregorio, que en la ocasion se hallaba allí, obró el milagro de convertirlo bautisandolo, y á medida que le iba echando el agua sobre la cabeza, le hacia levantar el hocico y gritar *huen, huen, huen* como diciendo que se arrepentia. Dicho animal despues se convirtió en una persona civilizada y racional." Ah! Que necesario era obrar un milagro semejante con el general del ejército de los Andes!

Pero tú que desprecias tan altamente toda especie de regla, de ciencia y de táctica; tú que pareces decidido á permanecer en la ignorancia, sabe que á pesar que estes sobre un vasto territorio, si no has experimentado alguna grande catastrofe, es porque aun no te han opuesto los medios de una politica habil y una fuerza conveniente, y porque no has sido todavia seriamente atacado. Ten cuidado con esta verdad.

En la incomparable derrota que has experimentado en Talca, donde el enemigo en mucho menor número te persiguió por el espacio quando menos de ochenta leguas, que no hay exemplo de una cosa mas vergonzosa, si hubieras tenido que entender con un general de experiencia mas consumada ¿adonde estarias?

No es el todo guerrear sobre un vasto territorio, abandonar tal ó tal parte del pais, ó verse estrechado á huir como un Numida ó un Scita: un hombre de talento, sin ser un Alexandro, te forzaria bien pronto á tomar una linea de operaciones, sea para ocupar alguna posicion principal, sea para cubrir algunos desfiladeros importantes, sea para salvar una ciudad ó por qualquiera otro motivo. Tú tienes artillería, infantería &c. y alcanzado como lo serias prontamente, te verias forzado por consecuencia, por el arte de la estratagética que ignoras, á combatir contra la táctica que no conoces.

Bien sé que puedes tener una numerosa caballería irregular; pero por tropas diestras y aguerridas seria facilmente repelida,

y derrotada. Vé lo que hicieron los Franceses en Rusia hasta el dia en que un océano de nieve cayó sobre ellos. Ve lo que hicieron en Egipto donde ciertamente tuvieron que combatir con todo un pueblo de caballería y el mas bravo que existe. Y sin los Ingleses y los Turcos que los socorrieron ; que hubiera sido del Egipto? Por todas partes donde el ejército Frances quisó ir se estableció, contra naciones enteras que pelean á caballo.

Yo sé sin embargo que tú no crees todas estas cosas, por que por vanidad y sobre todo por ignorancia te consideras tal, que te atreves á publicar que los extraños son incapaces de hacer la guerra en tu pais. Hombres sin ilustracion que así quieren mandar, porque se creen hechos para ocupar todos los puestos se lo persuaden, ó afectan estar persuadidos de ello; y nada muestra mas el peligro á que puede estar expuesta tu nacion, que esa clase de preocupacion que se esfuerzan á introducir en ella para lizongear su orgullo, entretener su pereza y desviarla de la ilustracion.

Yo deseo por tanto que nadie sino tú seas la víctima de un error tan grosero; porque si aconteciese que cualquiera nacion confiase (no digo medios extraordinarios) sino ocho ó diez mil soldados solamente á un hombre de alguna capacidad, que se apoyase en cualquiera provincia de aquellas en que tú has excitado la animosidad y el odio; que se apoyase digo de una política habil para la conducta de una guerra tal, tú serias vencido sin duda tan pronto como atacado.

Yo puedo probar aun, que un general que reuniese á algun genio qualidades personales, hallaria en todas partes con que sustentarse abundantemente en las marchas y con que mantenerse en los establecimientos que le conviniere formar y aumentar á su voluntad ; Que inmensidad de recursos no estarian en su poder! ;Y que podrias tú contra sus empresas? Cada dia la fuerza de su capaciad te conduciria á la entera destruccion ó á la dispersion de tus tropas; esto es, suponiendo que en la primera derrota no hubiesen quedado aniquiladas. Pero yo no quiero hacer ahora un tratado de política ni de tactica para emplear en esta parte de la América; me limitó á recordarte que por un efecto de la revolucion y de las ideas liberales que están en todas las cabezas no se te puede considerar sino como una vándera que tu gobierno ha colocado sobre un punto para reunir allí sus tropas, y ordenarles que en seguida marchen á la execucion de lo que ha concebido. Las resultas ya se sabe que pertenecerán á la casualidad, y tú lo has probado.

Puede ser que tú vayas luego al Perú donde se espera esa revolucion, que hubiese ya sucedido sin duda sino se hubiera temido á tu opresion. Ella se efectuará sin embargo, pues que quanto se ha contado á esos pueblos de los excesos de tu poder,

por fortuna no los ha reconciliado totalmente con el despotismo que los irrita; pero puedes estar seguro que jamas se creará debido á tu genio, porque despues de tus disposiciones delante de Talca y del combate de Maypú has mostrado hasta donde puede estenderse. *La palabra General es muy grande* ha dicho, creo yo, el Gran Federico; pero todo consiste en serlo realmente, llenando la inmensidad de obligaciones que impone. El negro *Desaálines* en Santo Domingo tenía tambien el titulo de general: venció igualmente á los españoles en el departamento de San Miguel, en Borgue y en Gonaires; los sucesos lo embriagaron como á muchos otros, y verdaderamente como muchos otros no los debia á su capacidad. El gazetero de Londres *Le Peletier* entre otros que pagaba muy caro para celebrar su pretendida gloria, nada perdonaba para hacerle conocer; pero como nunca pudo hablar de sus qualidades personales, ni menos de sus virtudes, se vió claramente que lo celebraba por su dinero; y despues que este pretendido general murió por sus crímenes, asesinado de los suyos, á quienes habia oprimido, nada tuvo de celebre sino su ferocidad.

En fin, acuerdate San Martin que desde que se toma el nombre de general es preciso serlo ó conseguirlo ser por el estudio y el trabaxo, ó á lo menos no tener farfantonería, jactancia ni arrogancia. Que por el contrario es preciso serlo por la elevacion de alma, la generosidad, la dignidad y la modestia: por una reunion de qualidades físicas y morales que conducen á grandes y bellas acciones, las que hacen estimar, aun de sus propios enemigos, al hombre que las posee, y adquirir la amistad de la nacion que sirve y que le honra.

MIGUEL BRAYER.

Nota — Despues que remiti la exposicion de mi conducta al Señor Director Supremo y al Congreso, permanecí mas de tres meses en Buenos-Ayres para obtener una respuesta. Durante aquel tiempo escribí diferentes veces al S. Director para obtener una audiencia; pero no se me contextó sino mucho tiempo despues. En esta entrevista me empeñó fuertemente á no abandonar el pais, asegurandome toda especie de consideraciones.

Mucho tiempo despues, viendo que no se accedia á concederme pasaporte, no habiendo tenido efecto las promesas de S. E. y enterado de que lejos de esto se aproximaban al S. Director para empeñarle á tomar fuertes medidas contra mí, me determiné á abandonar repentinamente el Pais.

